

INTRODUCCIÓN

Cualquiera de nosotros podemos pensar que seríamos capaces de actuar de una manera descabellada en momentos complicados, de tensión, de estrés... Nos conocemos y sabemos que podríamos hacerlo, si es que no lo hemos hecho ya. Incluso, puede ser algo que hagamos habitualmente. Algunos lo reconocen abiertamente y otros, por aquello del qué dirán o engañándose al pensar *yo a tanto no llegaría*, no lo hacen. Sin embargo, pocos son los que piensan que podrían llegar a causar verdaderas barbaridades cuando se les arrincona y son llevados a situaciones a las que nunca antes se habían siquiera aproximado. Es verdad que, con una mínima educación y habiendo crecido en una sociedad, con una cultura y unos amigos y familiares cuanto menos, normales, difícil se hace pensar que uno pudiese llegar a tanto. No obstante, y respetando mucho esa forma de pensar, acorde a esa educación recibida y acostumbrados a escenarios cotidianos en los que no se dan situaciones extremas, los seres humanos no tenemos ni idea de hasta qué punto podríamos llegar cuando la vida se vuelve en contra de nosotros. Las cosas se empiezan a torcer. Después, se tuercen más. Más tarde, mucho más. El siguiente paso es que uno se halla inmerso en una posición vital en la que solo caben iniciativas que nunca con anterioridad hubiésemos pensado que podríamos algún día llegar a emprender.

Dios puso a Adán y Eva en el Jardín del Edén, el paraíso. Para probar su fidelidad y obediencia les dio la opción de comer de todos los frutos del árbol del huerto, excepto uno, llamado árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero no les prohibió comer del árbol de la vida. Les indicó que si comían los frutos de él, iban a morir. La serpiente (Satanás) se aprovechó de esta única regla, y así tentó y engañó a Eva, la cual comió del fruto prohibido. Eva, viendo que era *bueno para comer, agradable a los ojos, y realmente un árbol codiciable para alcanzar la sabiduría*, le dio también a comer a su marido. Dios dijo: «El ser humano ha llegado a ser como uno de nosotros, pues tiene conocimiento del bien y del mal. No vaya a ser que extienda su mano y también tome del fruto del árbol de la vida, lo coma y viva para siempre.» (Génesis 3:22). Esta falta de obediencia les acarreó la expulsión del Paraíso (Génesis 3:24). Expulsión en la que Dios les castigó con la muerte, el dolor, la vergüenza y el trabajo «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás» (Génesis 3:19) o «parirás a tus hijos con dolor» (Génesis 3:16).

Estos hechos son conocidos como el Pecado original. El relato bíblico continúa narrando la vida de Adán y Eva fuera del jardín del Edén. Cuenta que ellos tuvieron hijos (Caín, Abel y Set son mencionados, ver también Génesis 5:4, donde se menciona que engendró más hijos e hijas), y que Adán murió a la edad de 930 años.

El ser humano es malo por naturaleza. Adán y Eva comieron la manzana prohibida, algo que les habían dicho que no hicieran. Si no tanto como erróneo, la especie humana surgió como algo propenso a la desobediencia, a la indisciplina. Es un ser que tiende a buscar lo incorrecto. Aquellos fueron los primeros seres de la historia que, ante una orden o consejo divino, actuaron de forma contraria a como Dios hubiese deseado. Esto fue ya la primera muestra de lo que sería la raza humana para la posteridad. Se establecieron

las bases de la historia de la humanidad. Fue un claro ejemplo de lo que ha venido sucediendo desde tiempos remotos. Ladrones, violadores, pederastas, asesinos, terroristas... son claras evidencias de lo que el ser humano es capaz de realizar en determinadas situaciones. Por supuesto, no todos son malos. De más está decir que mucha, muchísima gente de este mundo en el que vivimos es buena. No hace falta exponer aquí alguno de los muchos casos en los que se muestran las nobles, generosas y elogiables acciones de caridad que el ser humano lleva a cabo en tantos momentos de la vida para darnos cuenta de la parte buena de la que también este se compone. Simplemente, me gustaría resaltar que este fantástico y maravilloso mundo en el que habitamos, este inmenso conjunto de sociedades en el que nos relacionamos, esta gran mezcla de culturas y razas entre las que nos encontramos brotó encaminado a lo incorrecto, al desorden, al caos. No hay que extrañarse, pues, de muchas de las cosas malas que suceden hoy en día. No deben llamarnos demasiado la atención crueldades que se dan a nuestro alrededor. Debemos tomar como normales situaciones, casos, sucesos, noticias... que tendrían que ser tomadas como anormales o incluso terribles.

El ser humano es así.

CAPÍTULO I

LOS ORÍGENES DE LA BESTIA

Raimundo volvió a ingresar en el hospital. Tras anteriores episodios en los que había tenido ciertos *coqueteos* con el *más allá*, parecía que este no fuera a ser demasiado intenso, a tenor de los resultados de las pruebas que se le acababan de realizar. Más que otra cosa, se le había ingresado por precaución. Su esposa quería que estuviese bien vigilado y cuidado ante cualquier posible adversidad que pudiera presentarse en adelante. A estas alturas de la vida, cada ingreso de Raimundo podía desembocar en cualquier cosa, y ella lo sabía. La condición física de Raimundo no era como para *echar cohetes*, si bien muchas personas con sus años hubiesen querido responder ante la vida como él lo llevaba haciendo durante mucho tiempo. Con su avanzada edad, aún podía realizar muchas actividades propias de gente con menos años que los que él tenía. No solo caminaba y se valía por sí mismo en la mayoría de las facetas vitales, sino que mostraba, debido a su gran dinamismo, el tiempo que podría aún quedarle en su cuerpo para seguir comportándose de esa manera. Le gustaba andar deprisa. Le encantaba realizar las cosas con celeridad. Aunque era siempre cuidadoso en sus movimientos, la forma en que emprendía cada una de sus acciones reflejaba el modo en que había siempre afrontado la vida.